

MISIÓN FILANTRÓPICA

Lucas 4:16-21.

INTRODUCCIÓN

Jesús era judío, y como tal estaba familiarizado con las instituciones de Israel y el culto de la sinagoga (Luc. 4:16; 22:8; Juan 5:1; 7:37).

Él vino a mostrarnos cómo es Dios. El Maestro lo hizo por medio de sus enseñanzas, de su sacrificio y de su vida; esto es, por su manera de relacionarse con personas comunes. Muchas de sus acciones causaron cambios inmediatos y concretos en la vida de otras personas.

Los profetas del Antiguo Testamento habían predicho ese aspecto del ministerio del Mesías (Luc. 24:25-27).

I. LA DECLARACIÓN DE MISIÓN

Leer Lucas 4:18 y 19; y 7:18 al 23.

En su primer sermón público, Jesús leyó el texto de Isaías 61:1 y 2. No fue una coincidencia que esos versículos hayan sido el texto de su primer sermón.

Cristo adoptó estos versículos (Luc. 4:18, 19) de Isaías 61 como su declaración de misión. Su ministerio y su misión fueron espirituales y prácticos, y él demostró que lo espiritual y lo práctico no están tan distantes como suponemos. El cuidado físico y práctico formaba parte del cuidado espiritual que Cristo y sus discípulos dispensaban a las personas.

Cuando Jesús envió a sus discípulos, la comisión que les dio también estaba de acuerdo con esa misión. Aunque tenían que anunciar: “El reino de los cielos se ha acercado” (Mat. 10:7), las instrucciones adicionales que Jesús les dio eran que curaran a los enfermos, resucitaran a los muertos, purificaran a los leprosos y expulsaran demonios.

II. CRISTO Y SU MISIÓN

Leer Mateo 4:23 al 25.

Los evangelios están repletos de historias de los milagros de Jesús, especialmente curaciones. Tal como había profetizado Isaías, curaba a los ciegos y liberaba a los que habían estado cautivos de la enfermedad, a veces después de muchos años de sufrimiento (Mar. 5:24-34; Juan 5:1-15).

Podemos suponer que esos milagros han tenido lugar para atraer multitudes y probar su poder a los muchos escépticos y críticos. Pero ese no siempre fue el caso. En cambio, Jesús muchas veces ordenó a la persona curada que no contara a nadie acerca del milagro. Evidentemente, el objetivo final era que las personas recibieran salvación en él.

Los milagros sanadores de Jesús fueron actos de compasión y justicia. Pero, en todos los casos, no eran un fin en sí mismos. Fundamentalmente, todas las obras de Cristo fueron realizadas con el propósito de llevar a las personas a la vida eterna (Juan 17:3).

“Cada milagro que Cristo realizaba era una señal de su divinidad. Él estaba haciendo la obra que había sido predicha acerca del Mesías; pero para los fariseos esas obras de misericordia eran una ofensa positiva. Los dirigentes judíos miraban con despiadada indiferencia el sufrimiento humano. En muchos casos, su egoísmo y su opresión habían causado la aflicción que Cristo aliviaba. Así que, sus milagros les eran un reproche” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 373).

III. LA MISIÓN DE LA IGLESIA

Leer Juan 17:18; y Mateo 28:19 y 20.

La iglesia tiene una misión que cumplir en el mundo.

“La iglesia es el medio señalado por Dios para la salvación de los hombres. Fue organizada para servir, y su misión es la de anunciar el evangelio al mundo. Desde el principio fue el plan de Dios que su iglesia reflejase al mundo su plenitud y suficiencia. Los miembros de la iglesia, los que han sido llamados de las tinieblas a su luz admirable, han de revelar su gloria. La iglesia es la depositaria de las riquezas de la gracia de Cristo” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 9).

El mundo es el campo misionero de la iglesia. John Wesley, fundador del Metodismo, afirmó: “Considero el mundo entero como mi parroquia” (citado en *El conflicto de los siglos*, p. 298).

La iglesia necesita tener esa visión de alcan-

ce mundial al cumplir su misión. En los días del apóstol Pablo, el trabajo evangelizador de la iglesia apostólica alcanzó a todo el Imperio Romano, y desde allí al mundo (Hech. 1:8).

La misión de la iglesia incluye actos de asistencia al prójimo. Así también fue el ministerio de Cristo. Considera estas declaraciones del Espíritu de Profecía:

“Hagan de la obra de Cristo su ejemplo. Él iba haciendo el bien constantemente: alimentando al hambriento y curando al enfermo. Ninguno que se allegó a él en busca de simpatía se sintió chasqueado. El Príncipe de las cortes celestiales se hizo carne y habitó entre nosotros, y su vida de trabajo es un ejemplo de la obra que nosotros debemos realizar. Su tierno, misericordioso, amor censura nuestro egoísmo e indiferencia” (*El ministerio de la bondad*, p. 57).

“Cristo está delante de nosotros como un Hombre modelo, el gran Médico misionero; un ejemplo para todos los que vendrían después. Su amor, puro y santo, bendecía a todos los que llegaban dentro de la esfera de su influencia. Su carácter fue absolutamente perfecto, libre de la más leve mancha de pecado. Él vino como una expresión del perfecto amor de Dios, no para aplastar, no para juzgar y condenar, sino para sanar todo débil, defectuoso, carácter; para salvar a hombres y a mujeres del poder de Satanás. Él es el Creador, Redentor y Sustentador de la raza humana” (*El ministerio de la bondad*, pp. 57, 58).

CONCLUSIÓN

Leer Mateo 25:37 al 40.

La misión de Cristo fue la predicación del evangelio, principalmente en su aspecto práctico. Es decir, incluyó actos de caridad a los desamparados.

En estos últimos días, la iglesia tiene que cumplir una misión semejante.

Jonathan Duffry, director internacional de ADRA, en la Asociación General.